

Retos y propuestas de los seculares cristianos a la Iglesia *

ALBERTO RODRÍGUEZ GARCÍA

Los retos a la Iglesia, si están formulados por un creyente, deben ser algo más que un desafío a extraños, deben implicar también al retador. Y una propuesta, aunque la haga un obispo, ha de contener, para ser algo más que una simple invitación, un horizonte de esperanzadora y valiente utopía.

No olvidemos, además, que en la Iglesia, si ciertos contenidos sustanciales se explicitan como retos o como propuestas, podrían correr el riesgo de ser rechazados. Nadie tiene la obligación de aceptar un desafío, mientras que todos debiéramos cumplir lo que, desde nuestra fe, son exigencias. Esta comunicación, por consiguiente, puedo resumirla de la siguiente forma: por reto —y os propongo a todos como Iglesia que intentemos convertir el esquema tradicional que nos domina— entiendo que, en vez de retarnos unos a otros, colaboremos; en vez de hacernos propuestas para que los demás actúen mejor, comencemos

* Comunicación presentada en las «XVIII Jornadas de Pastoral Educativa», organizadas por el Instituto A. Pío X, marzo de 1987, sobre el tema: «La educación cristiana: de la profesionalidad al ministerio».

por cambiar nosotros. Y así, para predicar con el ejemplo, mi intervención tendrá como interlocutor fundamental al propio laicado, es decir, a mí mismo y a vosotros, los que de él formáis parte.

Efectivamente, también me dirigiré a la jerarquía episcopal, aprovechando que ahora está presente, y además porque, como vuestra intención, si un laico no se mete en algo con su obispo parece que falta también al esquema. Pero lo haré, espero, no en la forma habitual. No me quejaré, por tanto, del omnipotente poder eclesial que detentan ni de lo poco que nos consultan; muy al contrario. Como laico precisamente les ofreceré mi colaboración para que ejerzan, espero, mucho más personal y claramente dicho poder. Incluso, diría yo, por encima de todo lo razonable, es decir, que atiendan al Espíritu y que sean más profetas y maestros exigentes, como hoy lo ha hecho Agustín, que simpáticos funcionarios.

Sin ellos y sin su ayuda mi propuesta a los laicos sería no sólo inviable, sino poco eclesial, y todo lo que no tiende a construir Iglesia es para mí, como cristiano, prácticamente irrelevante.

— *¿Somos un signo hoy los cristianos?*

En esta comunicación intento resaltar lo que, según mi parecer, es el problema más grave que a la Iglesia nos plantean hoy los signos de los tiempos. Por las razones que sea, ni los laicos ni los obispos —y después justificaré por qué me centro en estas dos especies de cristianos— somos actualmente un signo que atrae hacia el Evangelio de Cristo.

Las Iglesias particulares y concretas, incluido en ello su pastor, no responde ni para los de fuera ni para muchos de los de dentro al esquema de hombres nuevos que supone el bautismo y la vocación cristiana. Yo sé que, teológicamente hablando, la relevancia histórica de la Iglesia no se encuentra ni se mide por el número de sus miembros; tampoco por su fuerza o por la acción sobre la vida pública de un país, ni por el número de sus bautizos, bodas y ordenaciones sacerdotales, ni por su poder político para cambiar leyes de divorcio, aborto, enseñanza, inmigración y biogenética. Teológicamente hablando, la relevancia histórica de la Iglesia surge de su posibilidad de ser signo de una nueva experiencia y esperanza para la sociedad. Dios amó tanto a los hombres que por ello murió como un hombre para los hombres. Con Cristo nace un nuevo Adán, del que nosotros, la Iglesia, tenemos que ser retrato, o al menos una caricatura, pero con algo de parecido. Se entenderá mejor recordar lo que San Juan Crisóstomo, en el siglo IV —y ved que me he ido lejos para que no digamos que esto son posturas posconciliares y modernistas—, decía a un cristiano, pero aplicándose a toda la Iglesia:

«Fíjate no sólo en lo que has de decir al no creyente, sino también en cómo podrás convertirlo. De los misteriosos juicios de Dios, aunque el incrédulo pueda escandalizarse, tú no tendrás que dar cuenta, pero sí lo que hace vacilar es tu modo de vivir, esto sí que es para ti extremadamente peligroso. El no creyente te dirá: ¿cómo puedo yo averiguar si las cosas que Dios prescribe son posibles? Porque fíjate que tú mismo (*Iglesia, añado yo*), siendo cristiano de familia cristiana y educado en esta hermosa religión, no haces nada de lo que en ella se dice. ¿Qué vas a contestar a esto? Ya sé qué vas a contestar: te mostraré a otros cristianos que sí lo cumplen; son los monjes que viven en los desiertos (*hoy podríamos añadir: son Teresa de Calcuta, los hermanitos de Foucauld, ciertos grupos muy comprometidos*). Pero, bueno, ¿no te da vergüenza confesarte cristiano y tener que decirle a la gente que vayan a ver a otros porque tú no eres capaz de mostrar la práctica de la vida cristiana? Tendríamos que bajar la cabeza y avergonzarnos, porque no es eso lo que Cristo ha prescrito. ¿Qué ha prescrito? Brille vuestra luz ante los hombres, no ante los montes ni ante el desierto. Y esto lo digo no en plan de crítica contra los que ocupan los montes, sino quejándome de los que habitan en las ciudades, porque han echado fuera de ellas a la virtud. Así que os lo suplico, traigamos de los montes a las ciudades el amor de la sabiduría para que las ciudades se conviertan en verdaderas ciudades.»

Otras lecturas más actualizadas del tema describen así el mismo fenómeno: «El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época» (G.S. 43). Fijaos si estamos acostumbrados a oír que uno de los más graves errores de nuestra época es el materialismo, es el comunismo, etc. Aquí el Concilio nos dice que es nuestro propio divorciado entre nuestra propia fe y nuestra propia vida cotidiana. «El cristiano que falta a sus obligaciones temporales falta a sus obligaciones con el prójimo, falta sobre todo a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación» (G.S. 43). Todos los miembros de la Iglesia, sacerdotes, religiosos y seculares, hombre y mujeres, hemos de sentirnos responsables de la misión a ella confiada por Cristo, y para esta única misión existen en la Iglesia todos los ministerios.

La pregunta, pues, previa a cualquier otra cuestión, sería: si un extraño nos calificara, no a nuestros santos vivientes ni a otras élites eclesiales, sino al conjunto de los presentes, por ejemplo, en una eucaristía dominical; si nos calificara por el grado de comunión y fraternidad

dad que vivimos entre nosotros mismos, por nuestras propias actitudes y costumbres cotidianas, por el amor con que atendemos a nuestros propios enfermos, parados, pobres y marginados o por el sentido de pertenencia a un grupo con otra misión que la de salvarse a sí mismo, ¿qué tipo de calificación nos adjudicaría? ¿Dirían de nosotros que vamos camino de ser sal de la tierra y la levadura del mundo? ¿Y qué dicen nuestros pastores, primeros responsables de la comunidad y de este estado de cosas? ¿Qué cambios estarían —junto con nosotros— dispuestos a introducir en su propio ministerio, si fuese preciso, para mejorar nuestra actual realidad e imagen? Sus reproches a la actual cultura acostumbran a ser claros y agudos. Pueden encontrarse en cualquier documento episcopal, incluso en los menos pesimistas. Y no podemos decir nunca que sean falsos. Pero ¿qué dicen estos mismos documentos de nosotros mismos, de la Iglesia? ¿Hay alguien realmente convencido de que nosotros somos el reverso de la medalla? Nuestra actual civilización, nuestra cultura, ha de ser, indudablemente, objeto de una profunda transformación y humanización, y los obispos nos empujan mucho últimamente a que los laicos pongamos manos a esta obra. Todo lo que contribuya a la pasividad de los creyentes cristianos ante este estado de cosas debe ser corregido, pero ¿no hemos sido también los creyentes cristianos precisamente los más importantes constructores de esta misma sociedad? España es el producto de muchos años de hegemonía creyente. No parece, pues, correcto dedicarnos a buscar rajitas en los ojos ajenos, olvidando nuestras vigas. ¿De verdad alguien cree que desde nuestra actual realidad eclesial puede programarse un proyecto alternativo a los actuales sistemas sociales? ¿Somos nosotros, los católicos que salimos retratados en las encuestas sociológicas, los sujetos adecuados para desarrollar esta tarea eclesio-social o eclesio-pública a que los obispos nos empujan? ¿Es que acaso no leen nuestros obispos las encuestas? Porque si hay algo evidente es que existe una notable distorsión entre la moral de nuestros pastores y la de nuestra realidad institucional.

Un 54 por 100 de los católicos españoles están a favor del matrimonio de los sacerdotes, un 54 por 100 a favor de las relaciones sexuales prematrimoniales, un 47 en contra de la indisolubilidad matrimonial, un 64 por 100 en contra de la prohibición de anticonceptivos. Sólo un 17 por 100 cree en infalibilidad del Papa y un 1,6 por 100 lee los documentos de los obispos. Entre los católicos practicantes, un 11 por 100 está a favor de la interrupción del embarazo siempre que la madre lo decida libremente, en un 46 por 100 si el niño sufre malformaciones, un 48 por 100 por amenaza de salud física o mental para la madre y un 52 por 100 cuando peligra la vida de la madre. No enjuicio esta encuesta ni estas posturas. Simplemente afirmo que estas opiniones no coinciden en nada con lo que nuestros pastores quieren de noso-

tros. ¿No son éstos los mismos defectos que se rechazan por parte de ellos en la sociedad? No se trata ahora de buscar culpables; tampoco se trata de criticar. Se trata de incorporar a nuestra pastoral un poco de realismo. No ideologizar nuestra percepción social creyéndonos distintos y capaces, por tanto, de crear una sociedad más justa y solidaria. Se trata de sentirnos y sabernos responsables y no huir de nuestra propia identidad cristiana.

Ningún estudio sociológico, efectivamente, puede revelar las profundas verdades teológicas que, aun así, tal como somos, contiene nuestra Iglesia. Pero también hemos de aceptar que ninguna buena pastoral del pueblo de Dios puede desarrollarse a espaldas de nuestra realidad histórica. La Iglesia debe recurrir a la investigación sociológica e incluso estadística, como dijo Juan Pablo II, cuando se revele útil para afrontar el contexto histórico dentro del cual la acción pastoral debe desarrollarse y para conocer mejor la verdad (*Familiaris consortio*, 5).

— *Una segunda evangelización*

La brevedad de esta comunicación impide matizar, pero supongo que habrá quedado suficientemente claro que estoy insistiendo en la necesidad de lo que nuestro Congreso de Evangelización llamó precisamente *segunda evangelización*.

Esta es una tarea que debiera absorber nuestra atención, es decir, la atención de nosotros especialmente los comprometidos, puesto que así os creo a todos vosotros, y la de nuestros obispos durante algunos años. Comprenderéis que soy consciente del fácil reproche que me podéis dirigir. Conozco que lo propio y peculiar de nuestra función laical se deriva de una recia e irrenunciable vocación secular y que nuestra tarea primaria e inmediata no es la institución ni el desarrollo de la comunidad eclesial, sino gestionar los asuntos temporales. Porque creo en esto soy presidente de una institución tan fronteriza y comprometida como Justicia y Paz.

Con esta aparente inversión de funciones no pretendo una clericalización del laicado ni tampoco que abandonemos la misión extraeclesial para comenzar a analizarnos el ombligo. Con mi propuesta únicamente pretendo acentuar, y quizá pretendo preocupar más intensamente, una intuición personal. Allí donde la *receptio* conciliar se ha dado con permanente relación entre jerarquía y laicado la Iglesia se ha remozado. Brasil, algunos otros países de Hispanoamérica, Estados Unidos últimamente... Incluso como fruto de los muchos choques producidos por la misma relación y, sin embargo, allí donde esta relación no ha existido o se ha desarrollado esporádica o suavemente, es decir, con menos roce, la Iglesia se ha ido exteriorizando a sí misma.

Creo que en España hemos participado más de esta segunda situación que de la primera. Por esto, y por otras muchas razones obvias, creo que el futuro histórico de nuestra Iglesia se trazará en función de la *mutua implicación y relación* entre estos dos grandes grupos: la jerarquía episcopal y el laicado.

Por esta razón propongo que, intentando evitar dos riesgos en que podemos caer, pongamos mano a la obra para iniciar *dos reformas* que creo imprescindibles: *la reforma del laicado* y junto y paralelamente a ella *la del episcopado* en cuanto pastores del mismo. Dificilmente puede cambiarse a un rebaño si el pastor no cambia de maneras o no lo cambia de pastos.

Los riesgos a que me refería son la pérdida de identidad social como espacio hacia donde claramente estamos caminando y el catarismo como su espacio opuesto. Trataremos los riesgos brevemente. Hemos afirmado que la Iglesia laical no puede lanzarse a renovar el mundo sin ser ella misma, aun en pequeña medida, signo de un mundo y de un hombre nuevo, aunque reconozcamos como peligroso pasarse la vida en un continuo preciosismo perfeccionista. Pertenece, sin embargo, a la más ortodoxa tradición que la Iglesia es una institución en continua reforma. Pero es que además no creo que precisamente hoy el peligro provenga de que se nos contagie el afán puritano de los cátaros. Si algo claro podemos afirmar es que a nivel masivo, y no se me ofendan los grupos militantes, la gran masa de laicos creyentes somos un grupo indiferenciado y más bien anodino. Carecemos de una imagen eclesial, es decir, comunitaria, colectiva, precisa y no diluida respecto a la sociedad. No digo que sea nuestra imagen ni buena ni mala, sino que no es, simplemente. Con un ejemplo se entenderá mejor; todos coincidiremos en que los militantes de la Acción Católica especializada de los sesenta tenía un algo en conjunto: solidaridad entre ellos, entusiasmo, entrega. También hoy, en nuestra Iglesia, existen grupos diferenciados del conjunto. Aunque sean frecuentemente rechazados, percibimos algo específico en los miembros, por ejemplo del Opus Dei, en los neocatecumenales, en los carismáticos, en la recién nacida Comunión y Liberación, en los miembros de la Iglesia popular, en las comunidades de base, Cristianos para el Socialismo, etc.

Fuera de nuestra Iglesia también se perciben rasgos semejantes en los grupos políticos, por ejemplo, cercanos al comunismo, a las acracias, etc. Pero en la Iglesia, si en vez de analizarnos grupo a grupo, intentamos representarnos la mayoría como colectivo, es decir, a los asistentes a una misa dominical en una parroquia cualquiera, estas identificaciones parciales aparecen casi como sectarias. Y lo pueden terminar siendo en tanto no intentemos trabajar *con y para* el conjunto de la Iglesia.

¿Qué es lo que convierte a un grupo anodino en grupo diferencial?
¿Qué es lo que le empuja hacia el sectarismo en vez de hacerlo hacia la integración? ¿Qué hacer para que nuestras pequeñas solidaridades resulten útiles para toda la comunidad eclesial? Creo que no todo depende de la originalidad de las doctrinas o principios. Crecer que tiene una mayor incidencia el hecho de que dichas doctrinas o principios se han sabido concretar en un proyecto «pastoral», un proyecto que sabe concentrar al grupo en torno a unas acciones y posturas determinadas y que afecta a todos ellos, conformando su vida diferencialmente.

Analicemos los posibles defectos de esos grupos, pero no huyamos ante la realidad social que nos ofrecen. Son colectivos todos ellos coherentes con sus propias creencias. Se sienten respaldados por sus propias comunidades, se comportan como gente segura, fuertes y orgullosos de su pertenencia. Como militantes son más bien ejemplares y como signo de sus propias ideas convincentes. No son éstos los rasgos de una comunidad eucarística dominical.

Mi inquietud actual, por tanto, es: ¿resulta imposible construir proyectos de este estilo para cada una de nuestras iglesias locales? ¿No consiste en esto precisamente aquello que el Concilio denomina como unidad de misión? ¿No es precisamente el constitutivo eclesial pentecostal de la Iglesia su misión? ¿No es dogmáticamente ineludible concretarla en unas acciones y objetivos concretos? Conozco la actual problemática sobre los *cristianos de la identidad* frente a los *cristianos de la mediación*. Para que no quepa duda alguna, si yo tuviera que escoger una de entre ambas opciones quedaría con la correspondiente a la mediación, pero esto no elimina mi problema. Estoy totalmente convencido de que son precisamente los cristianos de la mediación los que desean transformar la sociedad más adecuadamente. Es decir, sin peligros de neoconfesionalismo ni sacralización de los instrumentos seculares. Pero ¿cómo hacerlo eclesialmente? Es decir, ¿cómo hacerlo desde la comunidad y con la comunidad creyente? ¿Cómo hacerlo con la Iglesia y desde la Iglesia si ella no nos acompaña? Si se intenta una pastoral agresiva, de incidencia en la vida pública, antes de que se desarrollen y extiendan en nuestras comunidades unos *criterios o valores cristianos mínimo y comunes*, caeremos forzosamente en una eclesiología moralizante y monolítica desarrollada por minorías selectas. Ningún proyecto pastoral, aunque se despliegue a partir de un grupo evangélico, llegará a ser correcto mientras no venga configurado desde unos valores y objetivos convincentes para toda la comunidad. En vez de un grupo fraterno y unido, a fuer de pluralistas y a fuer de mediados como una borda que desea el mutuo exterminio.

- Necesidad de dos reformas

a solución, pues, tiene que caminar por la línea de concretar un proyecto para la Iglesia real en que vivimos. Un proyecto con virtualidad suficiente para convertir y conformarnos a todos como sujeto actor colectivo, y este sujeto no resultará completo ni ortodoxo sin la figura del obispo. En este sentido hablaba yo de las reformas. Para reformar y reforzar la identidad eclesial en función de su propio proyecto o de un proyecto conciliar me parecen precisas dos *reformas*: la laical y la episcopal. Opino que en los actuales momentos el llamado «bajo cielo», y perdonad, los religiosos y las religiosas, son los colectivos ya más activos, comprometidos y ejemplarizantes. Son, creo yo, la mejor reserva de fuerzas con la que cuenta nuestra Iglesia y también los mejores profesionales de nuestra sociedad. Pese a sus indudables defectos, no conozco otro grupo social, ni siquiera los maestros, que ofrezca mejores componentes personales como grupo. No excluyo de este ámbito humano, como es lógico, a los obispos. Como sacerdotes tienen el mismo derecho a verse comprendidos en el mismo colectivo de clérigos o religiosos. Pero es que un obispo, desde mi punto de vista, debe ser también algo más que esto. El obispo es cabeza de un pueblo. No es una entidad alguna separada de su comunidad; así, los defectos del cuerpo por lo menos los debe aceptar también como defectos suyos.

La reforma que sugiero tiene como objetivo que la comunidad cristiana pase, utilizando palabras de Pío XII y del Concilio Vaticano II, de ser un pueblo, y, perdonadme, no trato de insultar a nadie. Pero ambos calificativos afectan profundamente tanto al laicado como al episcopado en cuanto cabeza. Plebe es también el obispo que no encabeza un cuerpo-pueblo. Cuando el punto número 9 de la *Lumen gentium* habla del empleo diferencial de los conceptos plebe y pueblo, que en castellano no se han traducido correctamente, se dice: «Dios convierte el pueblo de Israel en pueblo de Dios», no; en latín dice: «Dios convierte a la *plebe* de Israel en pueblo de Dios», todos los comentaristas están de acuerdo en que para leer adecuadamente este párrafo hay que tomar como referencia la cita expresa del radio-mensaje de Pío XII en la Navidad de 1944, que dice así en uno de sus párrafos:

«Pueblo y multitud amorfa, o, como suele decirse, «masa», son dos conceptos diferentes. El pueblo vive y se mueve por su vida propia. La masa es de por sí inerte y sólo puede ser movida desde fuera. El pueblo vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales en su propio puesto y según su manera propia, es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. La masa, por el contrario, espera el impulso del

exterior, fácil juguete en manos que cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones, préstase bien, sucesivamente, hoy a esta bandera, mañana a la otra.»

Sólo como auténtico pueblo de Dios la Iglesia es signo, pero pasar de plebe a pueblo supone un esfuerzo personal. Únicamente así una persona puede ser consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones.

Hoy existe también en nuestros prelados cierto *bloqueo institucional* que impide o dificulta su discernimiento personal y la toma responsable de decisiones sobre su propia Iglesia. Es curioso que, a pesar de la autonomía inapelable de que gozan en general los pastores —e incluso aquí no sólo a los obispos, sino a todos sus delegados, vicarios, párracos, etc.—, lo perceptible es a simple vista su falta, aparente al menos, de criterios firmes, de independencia real y libertad personal para ejercer sus cargos de pastores gerentes de la comunidad.

Por un lado, parece como si toda la estructura, en vez de impulsar sus iniciativas personales —y como estructura incluyo a los laicos—, las frenara. Y, por otro, diríase que el interés de todos nosotros consiste en que no surja ni se nos proponga lo común. Que en vez de centrar — su función pastoral en plantear el valor o el camino dominante, es decir, discernir lo conveniente y lo inconveniente para la única misión de la Iglesia en este sitio-tiempo-lugar adecuado, dedicara un especial empeño en aceptar casi todo como válido, no para alcanzar un objetivo, sino también para cualquier clase de objetivo.

— *La hora de la acción*

Creo que ha llegado el momento en que les ayudemos a *superar la fase declarativa* en que los hemos sumergido. Que en la Iglesia comiencen a imponerse los hechos. Profundicemos en las raíces de la disensión. Averigüemos las causas de nuestros problemas reales.

Hemos de eliminar entre todos ese pacto implícito que perdura desde hace dos siglos al menos entre el pueblo de Dios y sus pastores: soportar bajas cuotas de identificación eclesial y militancia a cambio de escasas exigencias pastorales. ¿Cuándo nos daremos cuenta de que estar en la Iglesia para defender nuestro propio estilo de salvación no es más que una forma de ser cristiano? «Dado que es cometido del ministerio apostólico asegurar la permanencia de la Iglesia, la verdad de Cristo, e introducirla en ella cada vez más profundamente, los pastores deben promover el sentido de la fe en todos los tiempos. Valorar y juzgar con autoridad la genuinidad de sus expresiones, educar a los cre-

yentes para un discernimiento evangélico cada vez más maduro» (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 5).

Los laicos somos, efectivamente, un desastre como cristianos, y así lo he confesado anteriormente, pero tampoco los obispos, pese a los muchos documentos que escriben, han sabido —y hemos de reconocerlo— reformular una alternativa pastoral que no transforme. Y, sin embargo, cada día parece más imprescindible que asuman los riesgos que toda clarificación sobre fidelidades e infidelidades comporta.

Habrà que fijar prioridades, superar burocracias, formar, para después movilizar, las masas domingueras; habrá que proyectar y que mandar, y ninguna de estas cosas se hace fácilmente sin riesgos, pero una Iglesia sin proyecto evolutivo es una aberración evangélica. Existe un ejemplo: es curioso cómo el episcopado norteamericano ha forzado a toda su Iglesia a reflexionar sobre sus problemas actuales. Miles de creyentes han colaborado y se han implicado en sus últimos documentos pastorales. No es extraño que ahora, cuando Juan Pablo II se dispone a visitar su país, y ante ciertas murmuraciones, espero yo, hayan dicho a su nuncio: «Es imposible que el Papa venga y no trate ciertos temas que los católicos de aquí reclaman con fuerza. En este caso sería mejor que el Papa renunciase, por ahora, a su viaje.»

Los obispos son mucho más que «sacerdotes». En siglos pasados empequeñecimos las figuras de Jesucristo y sus Doce a la imagen del clérigo medieval. Pero el Vaticano II nos ha recordado que los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles no pueden ser dominados ni aplastados por la Carta a los Hebreos. Ser y sentirse sucesores de los apóstoles es ser y sentirse algo más que clérigos tradicionales. Ser y sentirse testigos de la venida del Espíritu en Pentecostés supone ser algo más que guardianes de ortodoxias. El pastor ha de sentir a su pueblo como la verdadera y única Iglesia que a él se le ha confiado y creer que sus defectos son también defectos suyos. Ni su santidad ni su imagen personal pueden construirse al margen de la personalidad de nuestro pastor. Los laicos tenemos la facultad —más aún, a veces el deber— de exponer nuestro parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia. «Siempre en veracidad, fortaleza y prudencia. Con reverencia y caridad hacia aquellos que, por razón de su sagrado ministerio, personifican a Cristo» (*Lumen gentium*, 37). Así lo he intentado hacer y espero haberlo logrado sin ofender en exceso. Para ayudarles y para que nos ayuden en nuestra necesaria reforma.

Termino con una cita no precisamente cristiana, sino de Bacunin, anarca:

«Hay hombres que han luchado por lo imposible y han logrado, a veces, alguna revolución. Hay otros que sólo han luchado por lo posible y no han dado ni un paso adelante.»